

INTRODUCCIÓN

Jorge Luis Borges solía señalar que los escritores publican para dejar de corregir una y otra vez lo ya escrito y corregido tantas veces; de ese modo podrían aventurarse a buscar nuevas fórmulas expresivas, abordar distintas tramas argumentales y continuar lidiando, con ilusión renovada, con las imposibilidades del lenguaje.

Pero Borges también sabía –y sus numerosas alusiones al tiempo, a los laberintos y a los tigres lo atestiguan– que con lo dado a la imprenta son las variaciones las que emergen; en consecuencia, publicar no sería más que la prosecución de ciertas obsesiones. Sucede que aquello que pasa a formar parte de las vicisitudes de los lectores y de los anaqueles de las bibliotecas, aquello que muchas veces solo parece inscribirse en la biografía del hacedor como pasado y con lo que el hacedor mismo pretende distanciarse al haber estado demasiado contaminado por ello, retorna transfigurado, como síntoma de una actividad recursiva. De manera que el pensar mismo se figura condenado a regresar a cierto centro secreto que lo constituye y lo explica. Sin embargo, incluso en la repetición puede haber algo de novedad, y la escritura –como se sabe– es una forma de repetición siempre renovada, pues en cada uno de sus actos puede dar lugar a una irrupción que conduzca lo tematizado hacia nuevas fronteras y, de ese modo, hacia otras exploraciones igualmente infinitas.

Las páginas que aquí se ofrecen son el fruto de una obsesión por pensar la ontología de lo político, por indagar acerca de sus posibilidades e imposibilidades en el mundo contemporáneo. Primigeniamente, esta obsesión adoptó la forma de una investigación doctoral cuyo resultado fue presentado en la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires (UBA) el 29 de septiembre de 2015. En ese trabajo se asumía la tarea de reflexionar sobre una arista bien precisa de lo político: la de su autonomía. Para ello, se partía de una inquietud nacida en ciertos debates de la segunda mitad del siglo XX, en los cuales distintos intelectuales apelaron a Antonio Gramsci y a Carl Schmitt para aprehender eso que juzgaban obturado por el vector

explicativo de cierto economicismo marxista. Aunque cruciales para ubicar ciertos trazos generales de la pregunta por la autonomía de lo político, la investigación doctoral no se adentró en la reconstrucción de esa literatura ni en su contexto de surgimiento. Su intención consistía en interrogar algunos aspectos de su propia coyuntura histórica, rubricada por el regreso de lo político tras los años del dominio neoliberal en América Latina. Así, retornar a Gramsci y a Schmitt permitía filiar la reflexión en el recorrido de una pregunta extensa de notoria pregnancia. Al hacerlo, se cubría también un área de vacancia en el mundo académico, pues aunque citados y mencionados en muchas ocasiones, Gramsci y Schmitt solo habían sido tratados conjuntamente de forma fragmentaria. Inclusive en Italia y en América Latina, quienes los habían recuperado para pensar la política lo hicieron encuadrados en ciertas coordenadas que habilitaron una marcada instrumentalidad hermenéutica, sin desarrollar un estudio que revelara las complejidades y sincronías de ambas perspectivas.

En suma, la tesis procuraba pensar lo político retornando a aquellos pensadores que aparecían como referencia obligada para pensar su autonomía. Sin embargo, la investigación debió enfrentarse a ciertos dilemas, pues ¿cómo pensar lo político y sus evocaciones? ¿Cómo hacerlo si su «retorno» (Mouffe, 1999) implicaba que, de algún modo, lo político se había retirado en algún momento?

Hoy que esa coyuntura ha cambiado, que tales evocaciones parecen haber sido derrotadas por adversarios a los que se consideró diezmos; hoy que se impone pensar las prácticas políticas de las últimas décadas, es menester volver a entender lo político en el momento de su supuesta derrota. Pero aquí la reflexión vuelve a los interrogantes ya señalados: ¿ha sido realmente derrotado lo político? ¿La politicidad solo debe ser entendida a partir de instancias de politización en contraposición a operaciones despolitizadoras? ¿Existe un fundamento de lo político? Para enfrentarse a estos dilemas, este libro se filia en el núcleo argumental de dicha tesis.

Ahora bien, una empresa analítica que se precie de interpretar a Gramsci y a Schmitt necesita ofrecer ciertas aclaraciones metodológicas. De hecho, su primer gran desafío consiste en entablar alguna forma de vinculación entre matrices de pensamiento sumamente distintas. Para facilitar tal cuestión, bien se podría argüir que en vida Schmitt supo cosechar tributos y entablar polémicas que involucraron a figuras de tradiciones opuestas a la suya, tales como György Lukács, Leo Strauss o Walter Benjamin; sin embargo, al tratarse también de Gramsci la cuestión está lejos de poder ser análoga. Entre ambos pensadores no hay vínculo conocido, ni referencia alguna que apunte a cierto interés del uno en la obra del otro. Por tanto, el análisis tiene que

renunciar a la figura del diálogo, incluso cuando este fuera entre «ausentes» (Meier, 2008). De manera que en las páginas de este libro no se reconstruye una suerte de conversación entre Gramsci y Schmitt, ya que se trata de una no-relación¹.

Si además se toman en cuenta ciertos aspectos que sobresalen en una primera aproximación a ambos autores, esta no-relación resulta aún más evidente. Recuérdese que a diferencia de Schmitt, las condiciones peculiares en las cuales Gramsci escribió sus páginas más importantes hicieron que su carácter de teórico superara solo *post mortem* su trabajo de periodista, fundador y líder del partido comunista italiano. Antes de que el fascismo lo sentenciara y lo encerrara en prisión, se dedicó enteramente a la praxis partidaria; diarios, revistas, discursos, reuniones e incluso el parlamento centralizaron su vida. Sus anotaciones fueron accesibles tiempo después de la Segunda Guerra Mundial, pero en un principio se publicaron de manera distinta a su forma original de enunciación². En el caso de Schmitt, rápidamente ganó influencia en su propio tiempo como académico y jurista ligado al conservadurismo. Su obra es temporal y cuantitativamente profusa, tanto como extensa fue su vida; la producción gramsciana es, en cambio, fragmentaria e interrumpida. Los contrastes se acentúan aún más si se recuerda la participación de Schmitt en el totalitarismo alemán –con su conocida afiliación al partido nacional-socialista–, que se opone a la imagen de Gramsci como ícono de las víctimas opositoras al fascismo³.

Pero si se apela a otros elementos contextuales, es posible destacar aristas que hacen del italiano y del alemán autores no tan extraños entre sí. Se trata de

¹ Debemos a Fabio Frosini la información de que Gramsci tuvo en sus manos la revista número 36 de *Lo Stato* [1936], en donde se encontraba –entre otros trabajos– una conferencia de Schmitt brindada en Roma titulada «L'era della politica integrale». Aunque suponemos que el tema sería de interés para Gramsci, no existe ninguna referencia que nos permita asegurar que efectivamente llegó a leer ese volumen y a consultar no solo el mencionado trabajo del jurista alemán, sino también cualquier otro artículo allí compilado. De hecho, ya por aquel entonces, la redacción de los *Cuadernos* se encontraba abandonada y Gramsci gravemente enfermo.

² Una vez fallecido, los cuadernos carcelarios de Gramsci fueron reunidos por su cuñada Tatiana Schucht –con ayuda de Piero Sraffa– y enviados a Moscú. Finalizada la Segunda Guerra Mundial, regresaron a Italia y fue Palmiro Togliatti –compañero de militancia del autor y máximo dirigente comunista italiano– quien se encargó de publicarlos por temas. Sobre este itinerario, véase: Liguori, Guido (2012); Rossi, Angelo y Vacca, Giuseppe (2007); Spriano, Paolo (1988) y Vacca, Giuseppe (2012).

³ Este perfil del autor italiano fue resaltado tras su muerte. De hecho, impactó notoriamente en las distintas recepciones que tuvo dentro y fuera de Italia. En el caso del público hispanohablante, Raúl Burgos (2004) destaca que su temprana recepción se produjo a partir de la publicación en 1950 de las *Cartas desde la cárcel* a cargo de la editorial Lautaro de Argentina.

pensadores cuyos respectivos países se unificaron tardíamente –casi en paralelo– hacia la segunda mitad del siglo XIX y que, posteriormente, dieron respuestas similares a las defecciones de las democracias liberales. Se trata, además, de pensadores de una misma generación, pues Schmitt nació solo dos años antes que Gramsci –en 1888– en una ciudad periférica de Alemania, quizás no tan marginal como la región italiana de Cerdeña, pero igual de lejana de los principales centros urbanos. Además, ambos se involucraron tempranamente en los debates políticos vernáculos. Asimismo, estuvieron privados de sus libertades y escribieron desde la soledad de sus calabozos⁴.

Sin embargo, ni las obvias diferencias biográficas ni las peculiaridades contextuales bastan para encarar un trabajo que tiene a ambos pensadores como protagonistas. En verdad, es menester explicitar un tipo de aproximación que se nutra de las singularidades y no pretenda homogeneizarlas.

Fue Theodor Adorno quien en *Filosofía de la nueva música* [1949] apeló de forma decisiva a la noción de contrapunto que aquí se utilizará. En esta obra, Adorno analiza las innovaciones que el compositor vienés Arnold Schönberg introdujo con el dodecafonismo, técnica basada en el uso de series de doce notas en donde todas deben ser tratadas de forma equivalente. A diferencia de la música tonal con sus respectivas jerarquías, el dodecafonismo da lugar a piezas atonales procurando que un sonido no se repita si antes no se ejecutan al menos una vez todas las otras notas de la serie. En ese marco, Adorno señala que «el verdadero beneficiario del dodecafonismo» era «incuestionablemente el contrapunto», afirmando inclusive que «el pensamiento contrapuntístico» resultaba «superior al harmónico-homofónico» (2003: 84). Según esta perspectiva, Schönberg supo cristalizar un «genuino estilo polifónico» sin imponerle al material una organización «desde afuera» (Adorno, 2003: 84), sino más bien derivándola de sí mismo. Así, «la misión del contrapunto» no era «la adición lograda e integradora de voces, sino la organización de la música de tal manera que hubiera necesariamente menester de cada una de las voces contenidas en ella y que cada voz, cada nota, cumpliera exactamente su función de textura» (Adorno, 2003: 85). Al decir que «el

⁴ Gramsci estuvo preso durante largos años por su oposición al fascismo, a tal punto que el encierro generó consecuencias irreparables sobre su salud, mientras que Schmitt lo estuvo por su connivencia con el nazismo durante un lapso temporal mucho menor, y no moriría hasta 1985, doblando casi la edad que tenía el italiano al fallecer. En los que concierne a sus respectivas producciones carcelarias, además de los *Cuadernos* [1929-1935], Gramsci dejó escritas un buen número de cartas; Schmitt, publicó en 1950 *Ex captivitate salus*, pequeño volumen redactado clandestinamente en la prisión aliada. Años más tarde, se publicarían también sus interrogatorios en Núremberg (RN). Para mayores precisiones biográficas de ambos autores, consultar: Fiori, Giuseppe (2009); Mehring, Reinhard (2014) y Vacca (2012).

dodecafonismo ha enseñado a pensar simultáneamente varias voces independientes y a organizarlas como unidad» (2003: 85), Adorno indicaba entonces que una innovación musical había efectuado un considerable aporte al terreno conceptual⁵.

El análisis que aquí se ofrece es justamente un intento de pensar la dimensión polifónica de las disquisiciones gramscianas y schmittianas sobre lo político, es decir, las singularidades de sus ritmos y melodías. De ese modo, los ejes seleccionados para estructurar el contrapunto officiarán de acordes, verdaderos nudos temáticos que viabilizarán su despliegue en cuatro partes, mientras que en cada uno de sus episodios se recuperará lo planteado en los capítulos precedentes a fin de facilitar la transición de un nudo temático a otro. Se trata este de un esquema elaborado desde una temporalidad ajena a la de los autores pero, al mismo tiempo, respetuosa de ella. De hecho, apelar a la noción de contrapunto permitirá poner de relieve desde qué lugar se destaca la importancia del contexto. No es un aspecto menor recordar que la apuesta de Schönberg por la polifonía se dio en 1923, esto es, en los primeros años de una década crucial para entender las propias intervenciones de Gramsci y de Schmitt que aquí se estudiarán.

Pero la categoría de contrapunto posee otro significado en el mundo de la música, que permite advertir una dimensión igual de importante para este libro⁶. Se trata de una variante que concierne a la competencia entre instrumentistas. Para ilustrarla, cabe apelar al poema de Rafael Obligado titulado *Santos Vega* [1885], en cuyos versos su personaje principal –homónimo al nombre de la pieza– aparece como el símbolo de la criollez y se enfrenta en un duelo de guitarra a Juan Sin Ropa, arquetipo del inmigrante europeo que arriba al continente americano buscando aquello que su patria ya no podía brindarle. Se trata de un poema cargado de historicidad y de conflictividad social, pues a pesar de entonar preciosas rimas, Santos Vega es quien resulta vencido. Con la derrota de su protagonista, Obligado mostraba cómo las vicisitudes de ese gaucho de las pampas sugerían los costos de la modernidad, pero como contrapartida de este desenlace inevitable señalaba también que la industria que portaba consigo el europeo era el camino de las jóvenes naciones para insertarse en el sistema capitalista global y así subirse a la senda del progreso.

⁵ En las Jornadas «Actualidad de Carl Schmitt» celebradas en Buenos Aires el 19 y el 20 de noviembre de 2015, Elías Palti presentó una sugerente ponencia desde el enfoque de una historia conceptual titulada «De Schönberg a Schmitt. Vanguardia musical y filosofía política en el temprano siglo XX».

⁶ Giorgio Baratta apela a esta noción en *Antonio Gramsci in contrappunto. Dialoghi col presente* [2008] tratando de remarcar la actualidad del pensamiento del autor sardo a partir de su posible vinculación con planteamientos teóricos posteriores.

Esta noción de contrapunto implica un resultado y una jerarquía. Pero como se ha dicho, aquí no se pretende reducir la polifonía de los autores. El uso de esta segunda noción no conlleva repartir los roles de victorioso y derrotado, sino sugerir la idea de un enfrentamiento histórico capital. Fueron Gramsci y Schmitt quienes estuvieron inmersos en una derrota que debía ser analizada y revertida, lo que inscribe sus disquisiciones en cierta dimensión normativa de la política y en una frontera histórica. En cierto modo, se trata de pensadores derrotados porque sus propios planteamientos se inscribían en los acontecimientos de 1848, acontecimientos que demostraban la persistencia de diversas tensiones no resueltas en Europa, las cuales incidían en pleno siglo xx. Por esta razón Gramsci y Schmitt pueden ser considerados herederos –aunque disímiles y de tradiciones bien distintas– de las derrotas de 1848.

Aunque la duración temporal de los sucesos de 1848 sea relativamente corta –apenas más de un año–, sus efectos concretos y su valor simbólico impiden que sean subestimados. Como bien indica Pasquale Villani, «el período que se abre con las conmociones de 1848 parece inaugurar una nueva era de revoluciones políticas de duración y resultados imprevisibles» (1996: 95). Recuérdese que emergieron movimientos nacionales de envergadura –de hecho, aunque derrotado en Custoza el 25 de julio, el Piamonte le declaró la guerra a Austria en un intento desarticulado por llevar a cabo la unificación italiana–, como también manifestaciones obreras novedosas, por lo que según Eric Hobsbawm «las revoluciones de 1848 evidenciaron que, en lo sucesivo, las clases medias, el liberalismo, la democracia política, el nacionalismo e inclusive las clases trabajadoras, iban a ser el rasgo permanente del panorama político» (2010: 38). Con esto en mente, Gramsci y Schmitt observaron el sentido de aquellos acontecimientos con la pretensión de visibilizar la estela que perduraba en su propio horizonte de sentido. Para ambos, la modernidad había nacido atravesada por la irresolución y la crisis, siendo 1848 su expresión más significativa y el siglo xx su indefectible correlato. En este sentido, no solo fueron herederos, sino también descendientes y continuadores de esa coyuntura histórica: concebían su propio período atado a aquello que no había sido resuelto décadas atrás.

Esta misma condición de legatarios no debe ocultar su distinta índole. Y es que si bien Gramsci y Schmitt tomaron a 1848 como un punto de ataque para montar gran parte de sus perspectivas contra ciertos paradigmas políticos, mientras que Gramsci se inscribió dentro del marxismo y pensó las condiciones necesarias para la revolución de la clase obrera en Italia y en Europa, Schmitt recuperó a ciertos autores contrarrevolucionarios para cuestionar la inestabilidad de un mundo que debía tratar con la renuencia del liberalismo y

la amenaza del ateísmo marxista. Este primer eje del libro mostrará, entonces, a un Schmitt tributario no solo del poder neutralizador del Leviatán hobbesiano, sino también del dictamen de algunos de los intérpretes contrarrevolucionarios que sostenían que la época necesitaba una decisión. En lo que respecta a Gramsci, su análisis sobre el *Risorgimento* le sirvió para exhibir las condiciones de surgimiento de la revolución comunista, mostrando la complejidad de un teatro de operaciones ante el cual ya no bastaba con armar a los proletarios para que se aventuraran a la toma del Estado. En cierta medida, Gramsci extrae del proceso italiano la enseñanza de que sin un anclaje en los sectores subalternos –incluidos el campesinado– era imposible establecer un nuevo bloque histórico, en tanto las estructuras sociales se habían complejizado en el mundo contemporáneo y la lucha ideológica era tan importante como la armada.

En ese marco, Schmitt y Gramsci trataron de entender la derrota histórica desde las propias fuentes derrotadas, para así dar una respuesta teórico-política que ayudara a clausurar los conflictos del período de entreguerras, los cuales anidaban en las propias entrañas de la modernidad. Por ello, no fueron meros continuadores de ciertos discursos pretéritos; sus reflexiones se montaron sobre la historia sabiendo que su propia época había impreso modificaciones irreversibles. No en vano sus ejercicios interpretativos representaban también ciertas rupturas con las fuentes que explícitamente se preocuparon por recuperar.

Como se verá, estas disquisiciones en pleno período de entreguerras sobre la derrota y desde la derrota implicaron la presencia de un *pathos* bélico, una suerte de idea acerca de un enfrentamiento histórico decisivo; en un caso, entre la tradición cristiana-europea y el socialismo (Schmitt) y, en el otro, entre oprimidos y opresores de un bloque de poder (Gramsci). De modo que la guerra ocupó un aspecto central en el horizonte de sentido de los autores. Y ello no solo por el momento epocal, sino también porque operaba como un aspecto que elucidaba lo político y su propia historicidad. De hecho, en sus respectivas consideraciones la guerra reafirmaba un concepto de lo político que se presentaba autónomo, mas no belicista. En el caso de Schmitt, esto se observa al entender la dimensión existencial de la comunidad política y la relación amigo-enemigo, mientras que en el de Gramsci en el paso de la lucha de clases a la guerra de clases. De todas maneras hay que tener en cuenta que este *pathos* bélico encierra algo más que un juicio sobre la historia, encierra también –como lo expresa Leo Strauss (2008) en su análisis de la obra schmittiana– una apuesta moral que lleva a cuestionar cuál es el fundamento de lo político, lo que a su vez obliga a preguntar cómo se relaciona esto con su supuesta autonomía.

Pero este legado de confrontación que se actualizó en el período de entreguerras no es suficiente para afirmar que las perspectivas gramsciana y schmittiana participan de una noción teleológica de lo político, más bien vuelve notorio el signo profundamente contingente de sus enfoques y que se advierta la importancia de una caracterización común de la modernidad como era de profundos antagonismos. Por ello, más que una forma bélica, lo político adoptó la forma de la lucha por los valores.

Analizar la relación entre política y valores implica ir más allá de si Gramsci y Schmitt hicieron explícitas sus preferencias políticas o metafísicas. Si bien para ambos la ciencia y el lenguaje no eran ámbitos neutrales sino marcos de disputa, sus respectivos posicionamientos se legitimaron en apuestas epistemológicas que procuraban defender lo político de aquellos paradigmas que implicaban su negación empírica o su subsunción conceptual. No por casualidad Schmitt intenta precisar su concepto mediante la relación dicotómica entre amigos y enemigos mostrando la imposibilidad de la despolitización que propugnaba el economicismo, mientras que la reivindicación gramsciana de la ciencia política como saber que unifica los fenómenos sociales se nutre de Nicolás Maquiavelo y Karl Marx para discutir con el enfoque representado, paradigmáticamente, por Georges Sorel. Fiel a ciertas premisas del marxismo, Gramsci sostenía que la política emancipatoria debía desplegarse en todo su potencial articulador para luego extinguirse en el marco de una despolitización total de la sociedad sin clases. Esto debe ser cabalmente sopesado, ya que no solo conlleva repensar hasta qué punto fue deudor de una teleología, sino también hasta qué punto su visión no termina limitando el carácter contingente de lo político debido a una noción esencialista que reduce su polifonía a un anclaje económico, lo que claramente se opone a una perspectiva como la schmittiana.

Ahora bien, las respectivas reivindicaciones de lo político, que se analizarán en el segundo eje, obligan a entender también la importancia de la despolitización. De este modo, la noción de politicidad que se puede reconstruir a partir de los autores se complejiza, pasando a ser relevante la pregunta por cómo se despliega lo político. Este es uno de los aspectos fundamentales del contrapunto propuesto, pues a partir de Gramsci y de Schmitt se puede señalar que no solo se trata de pensar la autonomía de lo político sino también su acotación. En efecto, politicización y despolitización representan las dos caras necesarias y complementarias de la politicidad. Como se verá, en ambos enfoques no se trata simplemente de la disputa entre paradigmas políticos versus paradigmas anti-políticos, ya que ambos demuestran que todo discurso con pretensión de hegemonía, aun cuando se figure bajo una retórica anti-política, precisa de lo político para su concreción. En suma,

lo político se conecta con instancias que se figuran y que operan como despolitizadas.

Por su parte, el tercer eje del libro conectará especialmente con el primero en la medida en que la crisis de la modernidad se expresó para los autores como la crisis de todo el continente –pero especialmente de Alemania e Italia–, de su orden y de su forma política característica, es decir, la democracia-liberal-parlamentaria. Como se verá, en las obras schmittianas del período se destaca una preocupación patente y persistente por la forma política, siendo en ese registro en donde es posible ubicar un desacuerdo irreductible con Maquiavelo que explica el interés del autor alemán por la excepcionalidad. En lo que a Gramsci concierne, ya en sus escritos periodísticos dio cuenta de la inestabilidad del parlamentarismo italiano, debida a las deficiencias de las propias bases del Estado-nación. Desde su óptica, en plena crisis económica y tras la Primera Guerra Mundial, la contrarrevolución del capital se estructuró mediante el fascismo, movimiento cuyo objetivo era ejercer la violencia ilegal como método de regeneración del Estado capitalista. Por su parte, ya en la cárcel, Gramsci profundizó este análisis preguntándose por las condiciones mismas de la crisis, destacando la necesidad de distinguir sus manifestaciones coyunturales e históricas.

Lo que parece evidente es que para ambos la emergencia de las masas no solo desbordó la capacidad del parlamentarismo, sino que además evidenció un cambio histórico en la relación entre sociedad y Estado. Será justamente en el cuarto y último eje en donde se analizará cómo Gramsci y Schmitt aludieron de una u otra forma a Hegel para señalar los pormenores de esta mutación. En este sentido cabe aclarar que no se efectuará una revisión acabada de sus respectivas hermenéuticas de la obra del filósofo de Stuttgart; se buscará, en verdad, observar las singularidades de los respectivos juicios epocales, que conllevan una demarcación de ciertos presupuestos hegelianos. De hecho, este gran tema de la filosofía y la teoría política aparece en sus obras a través de ciertas mediaciones cruciales; en el caso de Schmitt, a través de las obra de Thomas Hobbes y de Ferdinand Tönnies, mientras que en el de Gramsci a través de los aportes de la tradición marxista y de la querrela entablada con el idealismo croceano. De modo que tanto la cuestión «protección-obediencia» y el debate sobre la comunidad, por un lado, como el de las relaciones entre estructura y superestructura, por otro, moldearon tales posturas. Al haber mutado esta relación después de la Primera Guerra Mundial, ciertas conceptualizaciones se mostraron anacrónicas; no es casual que Schmitt relexionara en torno al «Estado total» y Gramsci sobre el «Estado integral». Este juicio compartido sobre un siglo XIX inconcluso acarrearba la vindicación de una acción destinada a clausurarlo; emergía entonces la lucha por la totalización política.